



CAUSAS Y LECCIONES IGNORADAS DE LA CRISIS

Joan Coscubiela *

Resumen

A la vista de cómo se están produciendo los recientes acontecimientos en España y en el mundo, no parece que se esté dispuesto a leer las causas y lecciones ignoradas de la crisis. Todo apunta a que las medidas anunciadas hace dos años para reformar algunas instituciones o no avanzan o van muy lentas. De momento, lo que aparece en el horizonte son datos en sentido contrario. El desequilibrio entre mercados y sociedad se agranda a favor del primero, como se pone de manifiesto en los debates sobre ajustes presupuestarios y en las medidas adoptadas por la mayoría de países. Los mercados adquieren cada vez más centralidad social, de manera que se habla de ellos y se acepta con una gran normalidad que sean los que sustituyan a las instituciones en las orientaciones de las políticas económicas. El equilibrio entre competitividad y cooperación no parece recuperarse y el ejemplo del funcionamiento en estos meses de la UE lo pone aún más de manifiesto. Muchas de las decisiones adoptadas lejos de reducir los riesgos, continúan apostando por el espejismo de la externalización de los riesgos a terceros.

Abstract

In view of the turn taken by recent events in Spain and the world, it does not appear that we are willing to read the causes and ignored lessons of this crisis. All signs indicate that the measures announced two years ago to reform certain institutions are either not progressing at all, or doing so at a very slow pace. At the moment, the data looming on the horizon are pointing in the opposite direction. The imbalance between markets and society is tipping further towards the former, as shown in the debates about budget cuts and the measures taken by most countries. Markets are increasingly taking centre stage in society, in such a way that they are being spoken about and accepted with great normality as the replacement for institutions when it comes to steering economic policy. The balance between competition and cooperation does not seem to be recovering and the example set by the way in which the EU has been functioning over these past months makes it even clearer. Many of the decisions adopted, far from reducing risks, have continued to support the illusion of outsourcing risk to third parties.

1. Introducción

La crisis ha suscitado ríos de análisis y debates. Incluso ha servido para que la sociedad conozca algunos de los entresijos económicos y financieros construidos durante las últimas décadas. Pero a estas alturas aún no hemos hecho una lectura inteligente de la crisis, una interpretación profunda y útil de sus causas y sus lecciones. Y ello supone un grave riesgo de futuro, que hoy es ya un riesgo presente.

No creo que se trate de un problema de limitaciones cognitivas –por otra parte inherentes al ser humano– sino de una opción consciente. No se quiere entrar en las causas profundas porque ello conduciría a reformas económicas y sociales importantes y lo que se pretende no es, utilizando las palabras de Sarkozy, “reformar el capitalismo”, si no simplemente repararlo pero con las mismas reglas de juego. Para ello es imprescindible ignorar algunas de las grandes lecciones que la evolución económica y social de estos últimos años nos ofrece. Solo así puede entenderse que en 24 meses “los mercados” pasarán del desconcierto primero y la sensación de pánico después, al más desvergonzado de los contraataques para reconquistar –si es que en algún momento la perdieron– su posición de poder frente a las sociedades y sus instituciones. Lo que tenía que ser una reforma de los mercados por la política, se ha

* Facultad de Derecho de ESADE

convertido en una imposición de políticas por los mercados. El objetivo último no es otro que mantener o recuperar a corto plazo las tasas de rentabilidad de sus inversiones, aunque ello suponga arriesgarse a profundizar en la crisis.

No creo que sirva de consuelo saber que ha sucedido lo mismo en todas las crisis anteriores. Nos los recuerdan algunos historiadores en relación a la crisis del 29. A los contemporáneos de entonces les costó algunos años entender lo que estaba sucediendo. Y ahora con la soberbia que caracteriza a los humanos afirmamos que esta vez sí entendemos lo que pasa y que le estamos dando solución. Al parecer esto no es cosa solo de las grandes crisis y algo parecido pudo haber sucedido en España con la crisis agrícola —esta más local— de finales del siglo XIX, cuyo detonante —que no causa— fue la caída del mercado del trigo. Es ilustrativo en este sentido leer al historiador Josep Fontana¹ explicando cómo en 1896 Santiago Martínez Maroto publicó su libro *La crisis agrícola y pecuaria en España y sus verdaderos remedios*². En él se citan como aspectos que habían incidido en la crisis del mercado del trigo algunos tan peculiares como los problemas generados en la cría de perros de lujo (no es una broma, se lo aseguro). Ahora, cuando los gobiernos europeos están improvisando medidas que pretenden hacer frente a la crisis —es un decir— puede resultar ilustrativo conocer algunas de las medidas propuestas y en algunos casos aprobadas a finales del XIX para conseguir la estabilidad presupuestaria pérdida como consecuencia de la crisis agrícola. Entre estas medidas aparecen algunas tan previsibles, por reiterativas en los momentos de crisis, como la supresión de los impuestos agrícolas. Otras, destinadas a recabar ingresos, son un poco más curiosas. Como imponer multas a los padres de los niños que no fueran al colegio, cobrar multas a quienes blasfemaran, siendo responsables los empresarios de las blasfemias de sus trabajadores. No sé si, guardando las oportunas distancias históricas, este tipo de reacciones de finales del XIX en España y las respuestas —éstas más conocidas— a la crisis del 29 les suscitan algún recuerdo de actualidad.

La historia no se repite, pero tiene unos hilos conductores que transitan por la condición humana. Y uno de ellos nos dice que cuesta mucho entender una cosa, cuando entenderla significa dejar de ganar mucho dinero. Pero como dejó escrito el poeta y filósofo Jorge Agustín Ruiz de Santayana: “Quien olvida su historia está obligado a repetirla”.

Así pues, las limitaciones a la comprensión de las causas profundas de la crisis no son limitaciones cognitivas, sino limitaciones actitudinales. No hay predisposición a entender lo que ha sucedido. No interesa, en el sentido más literal del término. Por ello la primera asignatura que debiéramos ponernos si no queremos repetir la historia, que cada vez se presenta en ciclos más cortos, es analizar, buscar, encontrar las causas reales y profundas de las crisis que estamos sufriendo.

¹ Fontana (1981).

² Martínez Maroto (1896).



2. Causas comunes, causas propias

Parece existir coincidencia en que la llamada “primera crisis global” tiene algunos orígenes compartidos por todo el planeta. Pero la forma en que la crisis se expresa y su intensidad, es muy distinta en función de los diferentes países. Como sucede en el caso de las epidemias, a cada país la crisis le ha atacado y le ha afectado en su punto más débil. Desde su detonación hace 36 meses la crisis ha ido mutando y adquiriendo muchos rostros. Burbuja inmobiliaria, *subprimes*, especulación y escasez de materias primas, colapso de los sistemas financieros por problemas simultáneos de morosidad, liquidez y capitalización, traslado de la crisis a la economía productiva, destrucción de empleo, aumento del déficit como consecuencia de los esfuerzos públicos para evitar la depresión. En algunos países como España además se ha puesto de manifiesto el agotamiento, la asfixia de los modelos económicos y sociales imperantes en la última década.

Un factor que ha incidido en todo el planeta ha sido el desequilibrio provocado por un exceso de producción que no puede ser absorbida por una demanda mundial insuficiente, dada la escasa capacidad adquisitiva de las rentas de la mayoría de la población, que se ha querido compensar con un gran endeudamiento privado. A continuación la asunción de riesgos exagerados por parte de las entidades financieras, en forma de *subprimes* y productos derivados, en otros casos en forma de hipotecas con garantía real por debajo del valor de los activos; el contagio de la crisis financiera al conjunto de sectores y países; el agravamiento que todo ello ha generado en términos de restricción en el consumo, aumento del ahorro, destrucción de capital, reducción del comercio, incremento del desempleo y contagio del endeudamiento privado al endeudamiento público.

En el caso de España existe una amplia coincidencia que nuestros puntos débiles estructurales los tenemos en un modelo productivo excesivamente dependiente de sectores “surfistas” como la construcción residencial o el turismo estacional. Un tejido económico que mantiene niveles importantes de ineficiencia y de falta de productividad en algunos de sus principales sectores, a lo que no son ajenos el tamaño micro de nuestras empresas, su posición periférica en la organización de la producción de bienes y servicios, los bajos niveles formativos de la población y tecnológicos de las empresas. La década mágica del crecimiento (1997-2007) lejos de reducir estos déficits no hizo más que agravarlos, con un crecimiento desequilibrado de nuestra economía, a partir de un mayor sobredimensionamiento de algunos sectores como la construcción inmobiliaria, a costa de la usurpación de recursos necesarios para otros sectores de la economía y un espectacular aumento del endeudamiento exterior y el déficit por cuenta corriente. Sin olvidar la debilidad de nuestro sistema fiscal para proveer recursos públicos con los que incentivar el desarrollo y las políticas públicas de redistribución progresiva de la renta. Una debilidad fiscal que ha podido pasar desapercibida porque el *boom* inmobiliario ofrecía a las administraciones territoriales ingresos alternativos y a las personas una falsa sensación de riqueza o de poder adquisitivo.

A pesar de esta coincidencia en el diagnóstico económico tanto de los detonantes comunes como de los específicos de nuestro país, no parece que se quiera ir más allá en el análisis de las causas más profundas. Al menos eso es lo que parece desprenderse de algunas de las políticas puestas en marcha, que lejos de incorporar discontinuidades parece que vayan en la dirección de profundizar aún más en las causas que nos han conducido hasta aquí.

A estas alturas nos encontramos con la paradoja que, a pesar de existir un cierto diagnóstico compartido sobre los detonantes de la crisis, no existe un análisis compartido de sus causas profundas, y aún menos sobre las respuestas a dar, especialmente cuando se trata de acomodar el corto con el medio plazo. Y en cambio ya se ha entrado en otra fase de la crisis, la de discutir y sobre todo decidir sin el consenso social necesario como se distribuyen los costes sociales de un ajuste tan espectacular como el que impone la crisis. Ello comporta un grave riesgo. Las respuestas a unas crisis de esta magnitud precisan como condición necesaria, aunque no suficiente, que la ciudadanía tenga el convencimiento que las respuestas además de eficientes en términos económicos son equilibradas en términos sociales. Hoy en España no parece que esta sea la percepción social mayoritaria, porque una buena parte de la ciudadanía intuye que las medidas adoptadas no están dando respuesta a las causas profundas que han provocado la crisis. Y que por contra se puede estar excavando hacia el fondo del pozo, con un reparto de los costes que se percibe como desequilibrado e injusto.

En estas condiciones los riesgos son enormes. No se trata solo de un riesgo de recaída económica –hoy muy evidente–. Asistimos a un riesgo importante de deslegitimación social de las instituciones, de todos los espacios colectivos e incluso de la democracia como sistema político y como forma de convivencia social. Asistimos en muchos países de la UE a un incremento de las actitudes individualistas, corporativistas, de personas, de territorios, de sociedades y de gobiernos. Cuando lo que necesitamos es acrecentar las respuestas cooperativas. Entre personas, entre sectores sociales, entre organizaciones sociales y políticas, entre países, entre regiones económicas.

De ahí nace la importancia de analizar las causas y las lecciones profundas de las crisis y de vencer las resistencias que hoy existen a ello. No será fácil, porque los sectores sociales que ostentan el poder económico y la hegemonía ideológica han decidido que pueden arriesgarse a no leer las causas y lecciones profundas de la crisis. Entre otras cosas porque han comprobado que, al menos de momento, pueden continuar asumiendo grandes riesgos sin que ello les afecte de manera significativa. El sistema económico y social les permite externalizar los costes de los riesgos que ellos generan con sus comportamientos hacia terceros, bien sea al conjunto de la sociedad, bien a otros sectores sociales.

Las respuestas dadas hasta ahora por los Gobiernos a la crisis comportan incentivos muy poderosos para no modificar los comportamientos por parte de algunos agentes económicos y si en cambio para reproducir sus conductas de riesgo. Porque han comprobado que llegado el caso pueden continuar externalizando hacia otros los costes de sus arriesgadas prácticas.



Por ello nuestro principal reto hoy como sociedad es interpretar bien lo que ha sucedido y no solo en clave económica. La crisis tiene detonantes financieros, pero no es solo una crisis financiera. La crisis tiene causas económicas, pero no es solo una crisis económica.

La crisis tiene también causas y explicaciones sociales y sobre todo tiene algunos hilos conductores que necesitan de la política para ser explicados, si no queremos que nos suceda lo que explica el filósofo Daniel Innerarity: “No basta con tener buenos análisis sectoriales para tener un buen diagnóstico de la realidad”³. Si no se es capaz de poner en relación todos los análisis sectoriales entre sí y para esa función el ser humano invento la política, el resultado suele ser una visión limitada y decantada de la realidad. Que termina por no ser útil. Urge pues intentar que emerjan todas las causas y lecciones ignoradas de la Gran Crisis.

3. Causas y detonantes de la crisis

De entrada resulta imprescindible distinguir el detonante de la crisis, de sus causas. La crisis tiene especialmente en EUA y algún otro país un detonante financiero, pero su causa no lo es y mucho menos no lo es en exclusiva. En términos económicos han resultado determinantes para la profundidad de la crisis, los fuertes endeudamientos de algunos países, entre ellos los EUA y España, el elevado nivel de financiarización de algunas economías. O los grandes desequilibrios entre países y zonas del planeta, del que el más significativo es el existente entre China y EUA. Y sobre todo el incremento de las desigualdades sociales, especialmente en los países más desarrollados.

Lo mismo ha sucedido en España. El detonante puede haber sido el impacto y contagio de la crisis global, pero las causas son propias, profundas y tienen un perfil propio, al margen de los detonantes que las activan. Recuerden como al final de la década mágica, notables responsables políticos, destacados hombres de negocios y algunos analistas continuaban diciendo que la burbuja inmobiliaria no era tal. Al estallar la crisis se puso de moda decir que el nuestro era un sistema financiero sólido, ignorando o queriendo que ignoráramos los graves y simultáneos problemas de morosidad, liquidez y capitalización que ya sufrían muchas entidades y el conjunto del sistema financiero. Estos son algunos de los muchos ejemplos del “no querer ver ni leer lo que ha pasado”.

Es evidente que no podemos menospreciar estos factores económicos porque han jugado un papel trascendental en el terremoto. Pero siendo importantes estas causas económicas que han servido de chispa para prender en la hojarasca, no podemos quedarnos solo en ellas. Las causas profundas debemos buscarlas en los grandes cambios económicos, sociales y culturales producidos en los últimos decenios y en las dificultades para digerir sus consecuencias.

³ Innerarity (2009).

Existen algunos hilos conductores a nivel global que relacionan las causas comunes y las causas propias como no puede ser de otra manera en un mundo interdependiente, aunque algunos responsables políticos continúen actuando como si esta interdependencia no existiera. No entienden que en este contexto de globalización el concepto “ellos y los otros” es muy relativo y que en muchos aspectos ya somos todos, “nosotros”.

Ésta es la lección más importante de la crisis y la que más cuesta aprender. Dejarlo todo a la cultura de la competitividad, sin reconstruir capacidades y espacios para la cultura de la cooperación nos aboca a la cronificación de la crisis y al agravamiento de sus consecuencias sociales.

4. Causas comunes de la crisis

Para entender esta crisis haríamos bien en analizar el impacto que están teniendo los grandes cambios tecnológicos de las últimas décadas en una buena parte de las estructuras económicas y sociales propias del industrialismo. Tampoco en esto, nuestros tiempos son distintos. No hay en la historia de la humanidad un cambio importante detrás del cual no encontremos una transformación tecnológica significativa y su incidencia dialéctica en la economía y en las estructuras sociales. De la misma manera que la historia también nos enseña que no hay determinismo en la evolución de los acontecimientos y que la actuación de los contemporáneos es determinante para su evolución.

Si en el origen nos encontramos grandes cambios tecnológicos, no son menores sus consecuencias. En forma de un incremento de la capacidad de movilidad del capital, especialmente si se la compara con otros factores productivos. Lo que sin duda ha sido crucial para alumbrar nuevas formas de organizar la producción y el trabajo, también de vida. Aunque en este terreno nuestra capacidad cognitiva para conocer lo que está pasando es menor. Ello ha propiciado la evolución desde una economía integrada y vertical a una organización de la producción en red, en el que hay claramente nodos centrales y otros que son periféricos. Ha posibilitado la puesta en marcha de estrategias de competitividad basadas en la externalización de la producción. Ha reducido la capacidad de los gobiernos para desarrollar de manera autónoma políticas propias, especialmente en el terreno fiscal. Y en su conjunto ha producido grandes desequilibrios, provocados por la situación desigual en que se encuentran la economía y los mercados globales de un lado y las instituciones —en el sentido amplio del término— nacionales o locales, de otro.

No son estos análisis teóricos sin trascendencia en el devenir de las sociedades. De la preeminencia de la movilidad del capital se desprende al menos una posición de poder en las estrategias de localización de las actividades económicas. Del cambio de la producción integrada a la producción en red se desprende la posibilidad de estrategias de competitividad basadas en la externalización de la producción y con ella de los costes y los riesgos. De ello



se desprende la diferencia entre tener un tejido económico con fuertes empresas motoras y centrales que controlan productos y mercados o disponer de un tejido económico donde el peso del empleo se encuentra en pequeñas empresas periféricas con poca capacidad para incidir en el producto y el mercado. De las dificultades de los gobiernos para diseñar políticas propias se desprenden sistemas fiscales con escasa o nula capacidad de distribuir la renta, especialmente si los gobiernos insisten en políticas de armonización fiscal competitiva por la vía de las desfiscalización, en detrimento de lo que debería ser una armonización cooperadora. De los desequilibrios entre economía y mercados globales de un lado e instituciones nacionales de otros deriva una evidente dificultad reguladora, capacidad esta que en muchos casos pasa a estar de facto en manos de los mercados.

Si tuviera que resumir en dos ideas todos estos cambios diría que lo determinante está siendo de un lado la ruptura de los equilibrios sociales construidos durante el siglo XX y de otra la aparición de nuevas culturas, nuevos paradigmas dominantes, a partir de los cuales las sociedades se estructuran, con las consecuencias que ello conlleva.

5. Ruptura de los equilibrios construidos durante el siglo XX

En las últimas décadas se ha resquebrajado el equilibrio entre capital y trabajo –no me refiero solo al tradicional binomio “capitalistas *versus* trabajadores”, si no a otro de mayor complejidad entre economía productiva y economía financiera–. También se ha roto el equilibrio entre economía y mercado de una lado y sociedad y política de otro; el equilibrio entre competitividad y cooperación en detrimento de esta última. Y la consecuencia final de todo ello ha sido la ruptura del equilibrio en la distribución de la renta dentro de cada país y a nivel global y su incidencia en el incremento de las desigualdades sociales.

Es evidente que la complejidad de estos procesos permite que convivan realidades aparentemente contradictorias. Estas últimas décadas son también el momento en que más personas han salido de la pobreza en los países en proceso de desarrollo. Pero ello no puede hacernos olvidar que en estos mismos países, en los países más desarrollados y en general en todo el mundo se han incrementado y mucho las desigualdades en la distribución de la renta.

La desigualdad social ha sido en este sentido no solo una consecuencia, sino una de las grandes causas de la crisis y esta en sus orígenes. Ello ha sido muy evidente en España y en buena parte de la Unión Europea. Baste pararnos a pensar como la desigual distribución primaria de la renta y la dificultad del sistema fiscal para reducir las desigualdades ha abocado a una menor participación de las rentas del trabajo en el pastel de la renta nacional. Esa menor participación agregada, esa menor capacidad adquisitiva de los salarios está en parte en el origen de una buena parte del endeudamiento de las familias españolas y de otros países de la UE. Un endeudamiento que sin duda está pasando factura en términos de pérdida de

confianza de los ciudadanos, en términos de mayores riesgos del sector financiero. Por ello todo lo que suponga profundizar en estas desigualdades y no comporte una reconducción o atenuación de las mismas nos aboca a una cronificación de la crisis.

6. Cambios de los paradigmas sociales

Para que estos cambios se hayan producido además del desencadenante tecnológico han sido fundamentales los cambios culturales, los cambios de paradigma. No se olvide que por encima de cualquier otra cosa la economía es cultura, valores. Y las creencias dominantes en cada momento son claves en la evolución económica y social. En este sentido los cambios más significativos los encontramos en el terreno de los valores, de las creencias.

Entre ellos me parecen determinantes la centralidad social que ha adquirido el mercado como articulador de la vida social y la hegemonía de la cultura de externalización de riesgos y costes como la forma predominante de relación entre las personas y sus intereses.

7. El mercado como articulador de la vida social

El mercado en estas últimas décadas ha ocupado un espacio central en nuestra sociedad, en detrimento de otras expresiones sociales, como forma de articular la vida social. Y a su alrededor se han ido construyendo nuevas categorías sociales y nuevas prioridades. Podríamos citar muchos ejemplos, pero me limitaré al que puede ser considerado más anecdótico, que no lo es. Que en todos los informativos de todas las cadenas de televisión y radio y en toda la prensa escrita se informe diariamente de la evolución de las bolsas de todo el mundo y que esta sea la única noticia que aparece todos los días laborables junto a la información de deportes y a la meteorológica es algo más que una anécdota. Es la evidencia de la centralidad de los mercados en la estructuración social.

8. Derechos o mercancías

La centralidad social del mercado ha comportado impactos importantes en la transformación de las categorías sociales el siglo XX. Especialmente la que nos propone que los derechos de ciudadanía social del siglo XX, el derecho al empleo, a la salud, a la educación, las prestaciones sociales, la vivienda den paso a una nueva realidad en la que salud, educación, vivienda sean considerados no derechos, sino mercancías. Por eso ya no somos tratados como ciudadanos, sino como clientes y no es infrecuente ver documentos emitidos desde el



sector público que sugieren reformas en la provisión de estos servicios con el demoledor argumento de dar un trato de cliente y no de ciudadanos a los usuarios para así garantizar mejor los derechos. Quede claro que no me refiero al debate sobre como garantizar la provisión de estos derechos y el papel que pueden jugar el sector público y la iniciativa privada, me refiero al debate más profundo sobre su consideración de derechos o de mercancías.

Este cambio en la consideración de derechos o de mercancías de determinados bienes tiene un gran impacto en términos sociales y económicos. Cuantos más de estos bienes se gestionen como mercancías más poder político tiene el mercado y menos la sociedad en sus formas de organización política. En el terreno de las pensiones la imagen es muy nítida, la canalización de una buena parte del ahorro hacia sistemas privados de pensiones refuerza la posición de los Fondos de Pensiones en los mercados y les permite a estos mercados una posición de fuerza en relación a la sociedad y sus instituciones de la que no se dispondría, si su peso económico fuera menor. En este sentido el debate sobre modelos de seguridad social no es solo un debate de sostenibilidad económica, o de equidad social, o de modelos de aseguramiento, individualizado o de reparto. Es también y sobretodo un debate sobre como y quien gestiona una parte de nuestros ingresos, derivados del trabajo y que relaciones de poder genera. Otro de los ámbitos en que este cambio de paradigma tiene más trascendencia lo encontramos en la consideración que debe darse a la vivienda y a los bienes que como el suelo la hace posible. En España, en tres décadas hemos pasado de concebir la vivienda como un derecho social que garantiza nuestra Constitución a una mercancía, el acceso a la cual debía depender que funcione adecuadamente el mercado del suelo y para ello la desregulación se ha presentado en muchas ocasiones como la mejor opción (Álvarez Cascos *dixit*). Hasta llegar a un extremo en que, en una economía y mercados globales, la vivienda y el suelo han llegado a ser en España y otros países un producto financiero de elevadísima rentabilidad al que han acudido los capitales de todos los colores de todo el mundo.

El resultado es conocido: los precios de la vivienda han tenido poco que ver con el uso social de la vivienda, con el equilibrio entre oferta y demanda para cubrir las necesidades de vivienda. Su consideración de producto de inversión ha generado un continuo de burbujas, la inmobiliaria, la de los créditos hipotecarios, la de la deuda exterior y también una inmensa burbuja en el mercado de trabajo. No estará de más recordarnos que esta realidad no es fruto de un determinismo histórico de origen bíblico. En el marco de la Unión Europea algunos países han regulado esta realidad de manera que, limitando la consideración del suelo como una pura mercancía, han facilitado el acceso a la vivienda como derecho social. Y han mantenido esta regulación al margen de los cambios en las mayorías políticas derivadas de las elecciones. Han defendido un tipo de sociedad en que la vivienda conserva su condición de derecho social y los bienes como el suelo necesarios para su materialización están sometidos a determinadas regulaciones. Y aquí puede ser interesante invitar para que acuda a escena al artículo 33 de la Constitución española que, después de afirmar que “se reconoce el derecho a la propiedad privada y a la herencia”, continúa afirmando que “la función social de estos derechos delimitará su contenido, de acuerdo con las leyes”.

9. De la centralidad del trabajo a la del capital y el consumo

Otro de los grandes cambios ha sido el de la pérdida de centralidad del trabajo de las sociedades industriales en beneficio de la centralidad del capital de las sociedades de la era informacional. Hoy asistimos con una normalidad absoluta al cambio del propio concepto de capitalista que en su dimensión empresarial del siglo pasado era el que “asumía riesgos para crear riqueza” y en la sociedad actual es el que “externaliza riesgos para generar valor al accionista.”. En palabras de Manuel Castells: “el paso de la ética del capitalismo empresarial al capitalismo financiero sin ética”⁴. Y no es menor el cambio de centralidad que a favor del consumo y el consumidor en detrimento del trabajo y el trabajador. Ello afecta a las formas de organizar la producción en determinados sectores, como el del comercio. Las empresas de distribución, antaño sometidas al poder e imposición de las empresas de producción, hoy son las que imponen sus condiciones a las empresas industriales. Algo parecido sucede en el ámbito personal en que la condición de consumidor ha adquirido una gran centralidad. Ello puede comportar que en el futuro algunos cambios importantes de paradigma puedan venir de cómo la ciudadanía ejerce su condición de consumidor y como hace de ella una posición de fuerza.

10. La cultura dominante de la externalización de riesgos

No es menor la importancia que esta adquiriendo una nueva manera de relacionarse las personas y sus intereses. La externalización de riesgos como expresión de un modelo social basado en la preeminencia exclusiva de la competitividad frente a la cooperación. La externalización de riesgos se produce no solo entre sectores sociales. También en el interno de estos sectores sociales. Un modelo de organización de la producción que gira sobre una elevada externalización propicia que en los momentos de ajuste, las empresas centrales y sus trabajadores puedan externalizar los costes y los riesgos hacia las empresas periféricas. La perversa combinación entre elevada competitividad empresarial y escasa cooperación social esta provocando un proceso de externalización de riesgos sociales hacia las mujeres. Y la más significativa de todas las externalizaciones de riesgos es la que se produce entre generaciones. En el terreno laboral algunas prácticas de doble escala salarial no son sino una manera de transferir el coste de los ajustes a los trabajadores del futuro. En el terreno de los servicios, el déficit tarifario en el sector eléctrico. En el terreno de la financiación de grandes infraestructuras, el abuso en los mecanismos de financiación que comprometen los recursos de las siguientes generaciones. En el terreno de la distribución de los recursos destinados a políticas sociales aparece una tendencia a garantizar determinadas prestaciones para personas mayores de manera amplia y sin discriminar por el volumen de ingresos, mientras se producen importantes restricciones en los recursos destinados a la educación. Sin olvidar la incongruencia que supone que mientras no se dispone de recursos suficientes para financiar

⁴ Castells (2010).



las etapas obligatorias y se opte por mecanismos encubiertos de copago, como los conciertos, se esté financiando con recursos públicos cerca del 75% del coste de la educación universitaria a la que solo accede una parte de la población.

En el fondo de todos estos comportamientos nos encontramos un paradigma social muy fuerte. Si los riesgos no pueden evitarse, ni minimizarse, lo que debe hacerse es externalizarlos. Y se ha creado una ilusión que nos puede pasar una factura muy elevada. La ilusión consiste en creer que en un mundo interrelacionado la externalización de riesgos es posible sin que acabe generando nuevos y más profundos riesgos. En cierta medida la manera en que se está abordando desde la Unión Europea la crisis de la deuda puede ser la imagen viva de este espejismo.

11. Los riesgos sociales de la crisis

Ignorar estas causas y elecciones ocultas y ocultadas de la crisis conlleva riesgos graves. No solo en el terreno económico. Los más importantes se están presentando en el terreno social y político. La evidente debilidad de las formas de organización colectiva de la sociedad frente a los mercados genera todo tipo de reacciones individualistas, corporativas, del sálvese quien pueda. La búsqueda del individuo, la familia, la tribu, la nación, la religión como espacio en el que encontrar la protección que no ofrece la sociedad y en su defecto el consuelo genera un instinto de autoprotección primario que puede, de hecho ya lo está haciendo generar graves riesgos sociales.

El deterioro de la credibilidad de las instituciones y de cualquier espacio colectivo puede dar lugar a reacciones de deterioro democrático, de la que la xenofobia o el racismo son solo alguna de sus expresiones. Esta es otra muy buena razón para profundizar en las causas y lecciones ignoradas de la crisis.

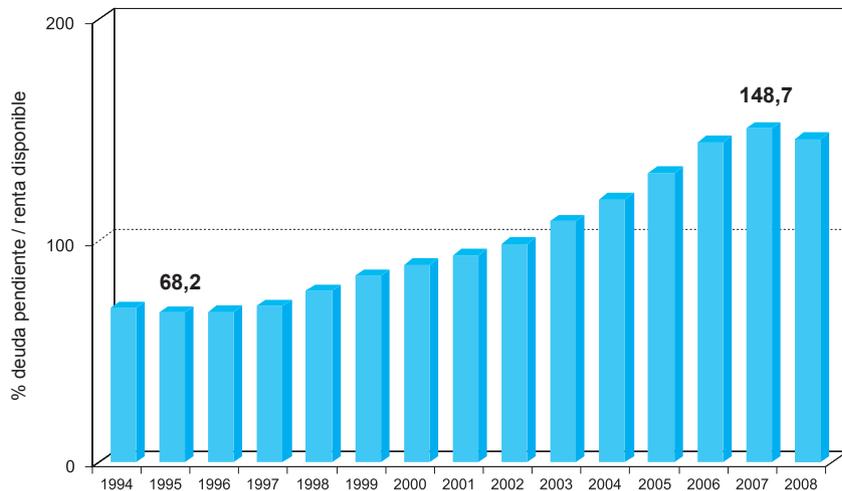
355

12. Las lecciones ignoradas de la crisis española

Todas y cada una de las causas económicas comunes se han manifestado en España. Desde el nivel de endeudamiento, situado en una proporción Deuda/PIB del 350%⁵, y su impacto en las familias (Gráfico 1) hasta el incremento de las desigualdades en la distribución de la renta (Gráfico 2) y la pérdida de peso de las rentas salariales en la renta nacional (Gráfico 3).

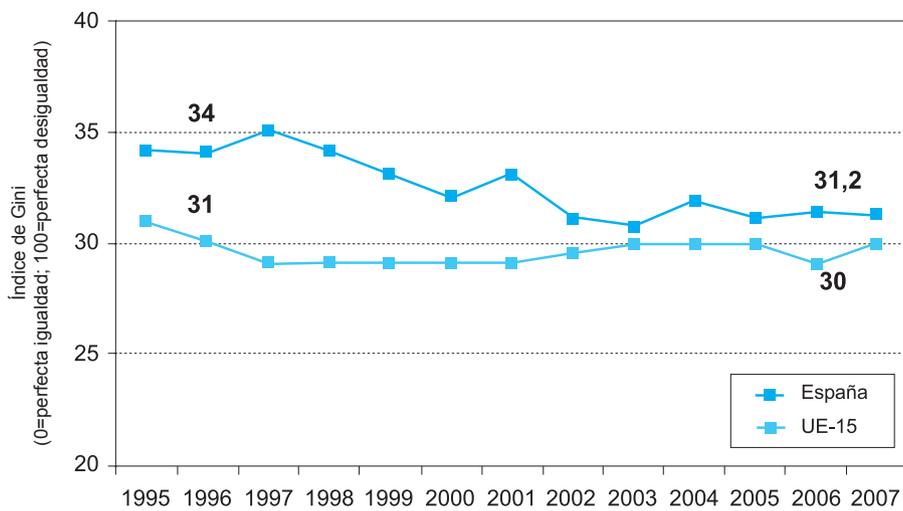
⁵ Dávila, Inurrieta y Laborda (2010).

**Gráfico 1. Endeudamiento de los hogares
(peso de la deuda pendiente en relación a la renta disponible bruta)**

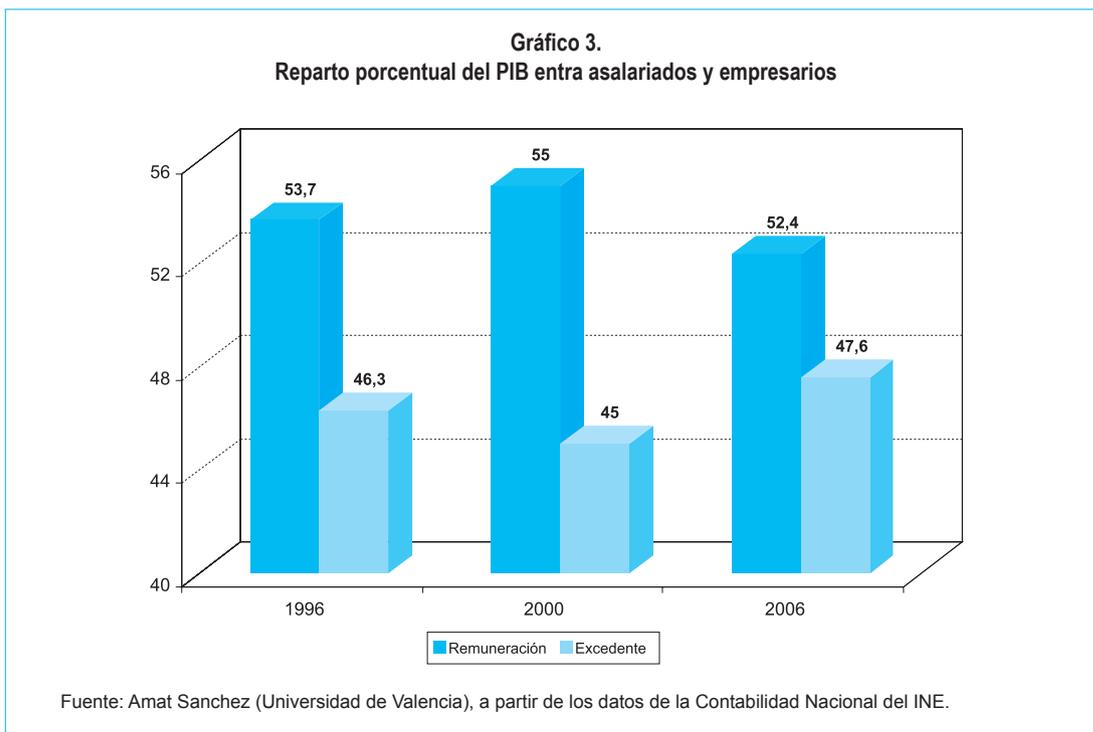


Fuente: Amat Sanchez (Universidad de Valencia).

**Gráfico 2.
Evolución de las desigualdades en la distribución de la renta**



Fuente: Amat Sanchez (Universidad de Valencia).



Aunque ahora me interesa destacar la escasa atención que se está prestando a las causas propias de la crisis en España y destacar las lecciones que de ellas podemos aprender. Comenzando por las debilidades de nuestro tejido económico y unos trastornos crónicos que presentare en forma de imágenes.

La economía eucaliptos, la sociedad construida sobre la arena, la burbuja del empleo, el mito de lo pequeño, la externalización ineficiente, el desincentivo de la formación, el agujero tecnológico, la trampa de la temporalidad.

Todos estos trastornos aportan datos que son sistemáticamente ignorados, en debates que tienen mucho de teológicos y que tienen su expresión máxima en la reforma laboral que a base de ser presentada de manera reiterada como la fórmula mágica con poderes milagrosos se ha convertido en nuestro moderno “mantra económico” o en una especie de bálsamo de fierabrás.

13. Economía eucaliptos

Aún no existe conciencia de hasta que punto la elevada dependencia de nuestro país del sector inmobiliario ha actuado en nuestra economía como lo hace el eucalipto en el reino vegetal. Me refiero a la capacidad de rápido crecimiento, lo que está detrás de la alta rentabilidad de sus explotaciones. Pero también a la elevada captación de todos los recursos hídricos de su entorno sobre todo si se trata de espacios de monocultivo. A la desecación del terreno,

especialmente cuando se trata de plantaciones que irrumpen en hábitat que no son los suyos y en último lugar a la sobreexplotación de la tierra que genera serias dificultades para la plantación de otras especies, después de pasar por ellas el eucalipto. Así ha actuado el sector inmobiliario en nuestra economía. Crecimiento rápido y elevadas rentabilidades a corto plazo, apropiación de los recursos financieros que precisarían otros sectores menos rentables pero con más futuro, requerimiento de mucha mano de obra, autóctona o inmigrante con las consiguientes distorsiones formativas, sociales y económicas. Sobreexplotación de estos recursos financieros, económicos y humanos. Y en último lugar nos ha dejado un tejido económico que como le sucede a la tierra después de talar el eucalipto tarda mucho tiempo en ser útil para plantar otras especies, léase inversiones de otros sectores.

14. La sociedad construida sobre la arena

Esta omnipresencia del sector inmobiliario es algo más que un desequilibrio económico. No ha sido solo una economía, sino una sociedad construida sobre la arena. Una buena parte de los presupuestos de las administraciones territoriales han generado elevadas dependencias del sector inmobiliario. Muchas de sus políticas públicas dependen de la maximización que se pueda hacer de este tipo de ingresos. No se trata solo de dependencias fiscales, también culturales y mentales. Ello explica que una parte de las administraciones territoriales estén abordando sus crisis presupuestarias, como un mal pasajero, como un momento circunstancial, sin entender que lo estructural es lo actual y lo que era pasajero era el abultado nivel de ingresos públicos derivados directa o indirectamente de la actividad inmobiliaria. Y explica también que la financiación de las administraciones locales haya sido la gran asignatura fiscal de la democracia durante treinta años y continúe siéndolo. Esta elevada dependencia se ha trasladado también al terreno urbanístico, donde una buena parte de los proyectos se han construido a partir de plusvalías y algunos de los proyectos futuros dependen de poder mantener esta dinámica. El sector inmobiliario ha sido además el mecanismo por el que se ha canalizado una parte del ahorro y la inversión de muchas familias y lo que es peor su falsa sensación de riqueza. Hay algunos ejemplos que ponen de manifiesto hasta que punto la especulación inmobiliaria ha sido un factor social clave. En este sentido la gestión por parte del Estado de los bienes del patrimonio sindical acumulado que son de su propiedad y de los que las organizaciones sindicales y empresariales solo disponen en usufructo han girado durante décadas sobre los ingresos provenientes de las plusvalías conseguidas por las permutas entre edificios céntricamente ubicados y las nuevas ubicaciones de los locales sindicales o empresariales. Y por último no es anecdótica la importancia que tiene para la calidad o deterioro de nuestro sistema democrático la organización de los partidos políticos y su dependencia de los ingresos provenientes de la economía eucalipto. Hay muchos, demasiados elementos para afirmar que no ha sido solo nuestra economía la que se ha girado sobre el eje inmobiliario, ha sido el conjunto de la sociedad la que se ha construido sobre “arenas movedizas”.



15. La burbuja del empleo

En estos meses se está analizando la caída del empleo, sin prestar atención a lo que ha pasado en la década mágica, como si antes no hubiera actuado la economía eucaliptos en su vertiente de rápido crecimiento. La nuestra es una economía que en términos de empleo se comporta de manera ciclotímica, con grandes oscilaciones en la creación y destrucción de empleo. En ello tiene mucho que ver la naturaleza “surfista” de algunos de los sectores con más presencia, el inmobiliario y el turismo estacional. Pero en este último período la situación ha sido excepcional. Porque a la burbuja inmobiliaria le ha seguido la del crédito, la de la inmigración y sin duda la del empleo. No se puede calificar de otra manera un crecimiento del empleo de más de 8 millones de personas ocupadas entre el 1995 y el 2007 –un 66% de crecimiento– (Tabla 1). De manera que el pinchazo de la burbuja ha provocado una caída a lo “Dragon Khan” hasta los 18 millones de personas ocupadas. Esta destrucción de empleo lo ha sido en un 50% (980.000 personas ocupadas) en el sector de la construcción, donde se ha destruido un empleo de difícil reinserción, dadas las limitaciones formativas de las personas afectadas. Esta es una realidad que el debate político insiste en ignorar y que el debate mediático sobre la reforma laboral insiste en manipular. La recuperación del empleo en estas condiciones no es un proceso ni fácil ni a corto plazo. Porque la caída del empleo ha sido proporcional a la burbuja de empleo de la década mágica, porque la economía eucaliptos dificulta la aparición de nuevos sectores con capacidad de crear empleos alternativos, porque las carencias formativas no ayudan, porque el sector financiero con una crisis cronificada de morosidad, liquidez y capitalización no ofrece financiación a las empresas. Y porque las últimas medidas de ajuste presupuestario en España y la UE pueden agravar aún más la situación.

Tabla 1. Evolución de Población activa y ocupada en España (1995-2010)

PERIODO	POBLACIÓN ACTIVA	POBLACIÓN OCUPADA
1995	16.153.700	12.359.600
2000	17.744.100	15.119.300
2005	20.591.700	18.492.700
2006	21.335.900	19.400.000
2007	21.925.300	20.069.200
2008	22.576.500	20.402.300
2009	23.101.500	19.090.800
2010	23.006.900	18.394.200

Fuente: EPA 1er Trimestre.

También se continúa sin querer leer algunas lecciones en materia de desempleo. Nuestro paro no es lo que parece. Nadie niega la gravedad humana, social, y económica del desempleo, pero a continuación debemos encontrar una explicación a unos datos que se están ocultando. En los momentos más álgidos del ciclo económico, con pleno empleo, efecto llamada a la inmigración de cinco continentes y verdaderas tensiones para cubrir las demandas de trabajadores en algunas empresas, sectores y territorios, nuestras estadísticas de desempleo nos ofrecían porcentajes siempre por encima del 8% de desempleo (alrededor de 1.800.000 personas desempleadas). Con CC.AA. como Andalucía y Extremadura con niveles de desempleo que nunca bajaron del 12 y el 13% (Tabla 2).

Ignorar estos datos y no querer sacar lecciones del tipo de economía que se está creando en algunas zonas no ayuda a entender la crisis y su dimensión económica.

Que nuestro mercado de trabajo se comporte de manera cíclica en los procesos de creación y destrucción de empleo tiene mucho que ver con la peculiar composición sectorial de nuestro tejido productivo, con el pequeño tamaño medio de nuestras empresas, con la posición periférica que una buena parte de nuestras empresas ocupan en la distribución mundial del trabajo, con la baja intensidad tecnológica de los sectores que más pesan en la economía, con las debilidades formativas de la población y la escasa retribución diferencial de la formación por parte de las empresas. De ello se desprende un modelo de relaciones laborales en que a diferencia de otros países de nuestro entorno los ajustes a los ciclos económicos no se realizan a partir de las estrategias de flexibilidad organizativa del trabajo y la producción, si no utilizando de manera intensiva los mecanismos de ajuste rápido en el empleo, por la vía de la entrada en el mercado de trabajo y en la salida. Nuestro modelo productivo tiene muchos incentivos para utilizar este mecanismo externo en la gestión del empleo, en momentos de crecimiento intenso y en momentos de crisis. Esta es nuestra principal debilidad económica y a pesar de ello los debates en el marco de la opinión pública o publicada suelen ignorar este factor, para centrarse en otros menos determinantes.

Tabla 2.
Evolución del empleo y el paro en España por CCAA

CCAA	2005	2006	2007	2008	2009
TOTAL	8,42	8,15	8,03	11,33	17,93
Andalucía	13,54	12,52	12,57	18,33	25,64
Asturias	9,32	9,76	7,19	7,53	13,42
Cataluña	6,14	6,25	6,76	8,95	15,95
C. Valenciana	7,88	8,29	8,73	12,39	21,96
Extremadura	15,24	11,35	12,37	14,60	19,09
Madrid	6,17	6,09	6,00	8,39	14,37
Euskadi	7,45	6,50	6,05	6,27	11,55

Fuente: Datos EPA.



16. El mito de lo pequeño

Otra de las lecciones ignoradas de la crisis es la debilidad que supone tener un tejido productivo donde el empleo mayoritariamente esta en pymes y micro empresas. De las 1.032.000 empresas que hay en España, más de un millón tienen menos de 50 trabajadores. Y éstos se agrupan en un 40% en empresas de menos de 50 trabajadores (Tabla 3).

Con este tejido productivo nuestra debilidad es extrema. No solo porque nos aboca a jugar un papel periférico en la distribución internacional del trabajo, sino porque esta estructura empresarial nos hace muy débiles en momentos de crisis. Con este tamaño las empresas tienen más dificultades en poner en marcha estrategias de innovación tecnológica y sobre todo organizativa. También sufren dificultades en el terreno de la formación. La consecuencia es que se les hace más difícil aplicar estrategias de flexibilidad y terminan utilizando la temporalidad abusiva y el despido como factores de ajuste ante las crisis, en forma de cantidad del empleo.

Este panorama se complica con el “mito” de lo pequeño. A las PIMES hay que apoyarlas para que dejen de ser pimes, no para que continúen como pimes y sean un instrumento de externalización de los costes de las crisis de las empresas centrales. Acabar con el mito de lo pequeño deviene imprescindible.

Tabla 3. Distribución de trabajadores en función del tamaño de las empresas

Empresas	2007	2008	Acumulado
1-2	996.400	971.300	
3-9	2.165.700	1.991.200	2.962.500
10-25	2.029.900	1.791.900	4.754.400
26-49	1.414.100	1.229.800	5.984.200
50-100	1.244.700	1.117.800	7.102.000
101-249	1.384.500	1.297.000	8.399.000
250-999	1.693.700	1.667.100	10.066.100
1000-	3.799.100	3.761.000	13.827.100

Fuente: Estadísticas de Seguridad Social. MTIN

17. La externalización ineficiente

Hemos comentado que los cambios tecnológicos han permitido una nueva forma de organizar la producción de bienes y servicios, que en algunos casos ha supuesto importantes mejoras de productividad. Pero como sucede con todas las estrategias no siempre tienen resultados eficientes. En estos momentos estamos asistiendo a la evidencia que algunos procesos de externalización productiva lejos de suponer mejoras de productividad lo que hacen es generar altos grados de ineficiencia. Así es cuando el objetivo último del proceso no es reducir costes por la vía de mejorar la organización e incrementar la productividad, sino solo por la vía de reducir costes salariales. Ejemplos de externalización ineficiente los tenemos en el sector público y en el privado. En el sector público, la externalización de la prestación de determinados servicios sanitarios, sin garantizar una plataforma informática común y un sistema de organización cooperador puede suponer a corto menos costes, pero genera grandes ineficiencias, como repetición de pruebas, problemas de coordinación con las historias clínicas, se obliga a moverse a las personas con papeles, pudiendo moverse los datos a través de la red. En el sector privado, se dan procesos de externalización que carentes de cultura de cooperación provocan pérdidas importantes en la calidad de los productos. El sector de la automoción nos ha ofrecido casos clamorosos en los últimos meses.

La externalización competitiva sin cooperación termina siendo ineficiente. Y la economía española con empresas muy pequeñas y sobre todo muy periféricas en la organización de la producción termina encajando los costes de la externalización ineficiente, casi siempre en forma de destrucción de empleo.

18. Los desincentivos a la formación

En un tejido productivo en el que se han podido obtener elevadas rentabilidades sin ser necesariamente competitivos, gracias al peso de sectores surfistas como la construcción residencial o el turismo estacional se produce un efecto perverso. Esta tipología de empresas no requiere retener a sus trabajadores, puede permitirse el lujo de que estén en proceso de rotación y en consecuencia la inversión en formación no es “rentable”. Es tan poco rentable que España es uno de los países de la OCDE en el que peor se paga la formación, en el que menos diferencias salariales hay en función de los niveles formativos⁶. En la relación dialéctica entre sistema educativo y formativo y mercado de trabajo se suele decir que las carencias formativas de la población española dificultan el cambio de modelo productivo porque hay una carencia de personas cualificadas. Lo que se está ignorando es que la relación causa efecto se da en el sentido contrario. Nuestro mercado de trabajo no retribuye la formación y por ello tenemos uno de los índices de abandono prematuro de la educación post-obligatoria más elevado de la UE (Tabla 4) Un abandono que se incrementó durante la década mágica, dados los perversos incentivos que la economía eucaliptos proporcionaba.

⁶ De la Dehesa (2010).



Tabla 4. Abandono escolar prematuro

	2001	2005	2008
España	29,7	30,8	31,9
UE 15	18,8	17,5	16,7
UE 27	17,2	15,8	14,9

Fuente: Eurobarómetro. Fundación 1 de mayo a partir de datos de EUROSTAT.

19. El agujero tecnológico e innovativo

Las carencias formativas suelen ir de la mano de las carencias en innovación. Eso es algo conocido. Lo que en ocasiones se ignora es que en los últimos años el esfuerzo formativo del sector público ha sido importante, hasta acercarnos a un nivel del 90% de inversión en I+D+I público en relación a la media de la UE. En cambio el diferencial en el sector privado se mantiene⁷. Y continuamos con una inversión del sector privado que esta en el 40% del nivel de los EUA y del 60% de la Unión Europea. Es evidente que la economía eucalipto no necesita de la innovación para obtener elevadas rentabilidades. Pero ese modelo es el que se ha agotado, esperemos que para siempre.

20. Epílogo

A la vista de cómo se están produciendo los recientes acontecimientos en España y en el mundo no parece que se este dispuesto a leer las causas y lecciones ignoradas de la crisis. Todo apunta a que las medidas anunciadas hace dos años para reformar algunas instituciones o no avanzan o van muy lentas. De momento lo que aparece en el horizonte son datos en sentido contrario.

El desequilibrio entre mercados y sociedad se agranda a favor del primero, como se pone de manifiesto en los debates sobre ajustes presupuestarios y en las medidas adoptadas por la mayoría de países. Los mercados adquieren cada vez más centralidad social, de manera que se habla de ellos y se acepta con una gran normalidad que sean los que sustituyan a las instituciones en las orientaciones de las políticas económicas. El equilibrio entre competitividad y cooperación no parece recuperarse y el ejemplo del funcionamiento en estos meses de la UE lo pone aún más de manifiesto. Muchas de las decisiones adoptadas lejos de reducir los riesgos, continúan apostando por el espejismo de la externalización de los riesgos a terceros.

⁷ Xifre y Castany (2009).

Las consecuencias en términos sociales son evidentes. Existe el riesgo que la salida de la crisis lo sea con más desigualdad social de la que había al inicio de la crisis. En España, la orientación de las medidas presupuestarias, laborales y de seguridad social anunciadas o ya acordadas por el Gobierno confirman este riesgo. Sin que de momento aparezcan propuestas para distribuir socialmente los costes de la crisis de manera más equitativa.

Y en el terreno de las instituciones colectivas el deterioro de su credibilidad es evidente. La orientación política en las recientes elecciones celebradas en distintos países de la UE lo confirma. En España la búsqueda de chivos expiatorios a los que poder cargar la impotencia de la situación ya ha aparecido, con debates falsos sobre problemas inexistentes como el uso del “burka” que a base de señalar como problema algo que no lo es, terminaran siéndolo.

Por supuesto, nada es determinista y lo que suceda va a depender de todos nosotros. Eso también nos lo enseña la historia.

Referencias bibliográficas

- CASTANY, L. y XIFRE OLIVA, R. (2009): *Productividad, competitividad e innovación en España. Comparación internacional por sectores*. Estudios Fundación COTEC nº 36.
- CASTELLS OLIVÁN, M. (2010): *La Vanguardia*, 5 de junio de 2010.
- DÁVILA, L.; INURRIETA, A. y LABORDA, J. (2010): *Una respuesta progresista a la crisis económica financiera*. Estudios de la Fundación 1º de Mayo.
- DE LA DEHESA, G. (2010): “No existe inversión más rentable”; en *El País*, 26 de abril.
- FONTANA i LÁZARO, J. (1981): “Crisi econòmica i moviment obrer. Reflexions en torn a la crisi del 29”; en *Nous Horitzonts* (70).
- INNERARITY GRAU, D. (2009): “La inteligencia de la crisis económica”; en *Claves de la Razón Práctica* (198).
- MARTÍNEZ MAROTO, S. (1896): *La crisis agrícola y pecuaria en España y sus verdaderos remedios*. Biblioteca Digital de Castilla y León, Junta de Castilla y León.